

ES

## EDITORIAL

### No reservado el derecho de admisión

*La ciudad puede que haya dejado de ser protección (geografía), mercado (economía) o escenario (cultura) en el que se lleva a cabo la lucha por la vida (historia), pero es aún el lugar, o así lo entiendo al menos, en que sentir la «proximidad» y la presencia de los otros; y esto es algo de lo que nunca se podrá prescindir ni olvidar.*

**Rafael Moneo<sup>1</sup>**

La ciudad, independientemente de las caracterizaciones culturales que la configuran y de su pertenencia a un espacio y tiempo que igualmente la conforman, constituye el arquetipo de innovación y mejora de las condiciones de vida de las personas que forman las sociedades humanas en todo el planeta. Una pausada historia de éxito, a pesar de las dificultades que han acompañado su génesis y evolución, iniciada hace casi seis mil años y exponencialmente acelerada en los últimos ciento cincuenta. En 2014 el 54% de la población mundial ya vivía en ciudades y se prevé que se alcanzará el 70% a mitad de siglo. Hoy hay en el mundo 500 ciudades de más de medio millón de habitantes, multiplicando por cinco las que había hace treinta años. La tendencia continuará en el futuro. Por ahora no disponemos de una alternativa imaginable a la ciudad que pueda proporcionar satisfactoriamente a los ciudadanos oportunidades de vivienda, trabajo, abastecimiento, educación, salud y esparcimiento, en un contexto social y medioambiental armónico y sostenible.

Nuestro foco en este número de kult-ur se centra en el espacio público que, a pesar de la diversidad de características y significados que encarna, es común a toda ciudad: espacios no definidos de forma cerrada; de titularidad pública/común, que son espacios de uso y no de apropiación aunque sean espacios por defecto entre los institucionalizados (producción, comercio, culto, etc.). Hablamos, claro está, tanto de espacios físicos como de las dinámicas de uso que en ellos se producen. Espacios tomados por la ciudadanía y convertidos en específicos para la interacción —conversación— entre ciudadanos en tanto que tales, sin adjetivos, sin los atributos de sus pertenencias institucionales; ámbito específico de reconocimiento de la condición ciudadana del otro, de su humanidad; lugar de la multipertenencia y superación de las adscripciones menores: familia, tribu, secta, clase...; lugar de cambio e inestabilidad preñado de alternativas; donde los transeúntes desconocidos se van entrecruzando, haciéndose presentes unos a otros para a continuación desaparecer; donde la heterogeneidad cultural, étnica e identitaria posibilita el aprendizaje, la convivencia y la tolerancia; donde cada uno construye su propia historia personal; donde se toman decisiones/elecciones y se llega a acuerdos —soluciones— transaccionales, espacio pues de la política.

Pero la actividad que mejor puede definir el espacio público es el juego como placer funcional, desinteresado y centrado en el gozar sin rendimiento o beneficio más allá (o distinto) del propio gozar. El juego no agónico caracterizado por Rafael Sánchez Ferlosio como sinsentido y contrapuesto al deporte. Este último echado a perder por la competición, la oposición entre las partes, la pasión por la lucha y la ambición de poder y puro comercio, que acaba consumido en la satisfacción que proporciona el triunfo y en el abandono de la felicidad que genera el propio jugar. La toma espontánea, no reglada de calles, plazas y parques donde los vecinos se sientan al fresco de la noche en verano en tertulia sin pretensiones. Para jugar a cartas, ajedrez, dominó o cualquier otro juego de mesa; o en el parque a la petanca o el tai-chí; o los reiterados intentos de dominar la tabla o los patines en los desniveles del acceso al museo; en las conversaciones placebo en las salas de espera del ambulatorio; en las teatralizaciones catárticas de las festividades locales... Todo ello ejercicios de pertenencia y acogida: construcción de ciudadanía. Y por encima de todo el baile en la plaza: el más gratuito de los juegos sin sentido.

El desarrollo de las tecnologías de la comunicación ha generado una multiplicidad variada de espacios virtuales de relación virtual entre ciudadanos. Se anunciaba un desarrollo extraordinario de la red como espacio público que facilitaría un incremento y mejora de la información, la diversidad, la innovación y el mestizaje. Promesas idílicas

1. Moneo, R (2003): «Seis apuntes discontinuos sobre la ciudad». *Sileno*, 14-15, p. 51.



frustradas por las empresas gestoras de datos dedicadas a la apropiación, procesamiento mediante técnicas de inteligencia artificial y comercialización de la información extraída de los comportamientos de toda índole ofrecidos explícita e implícitamente por los ciudadanos en su utilización de la red. Hemos terminado siendo más visibles que nunca, todo el tiempo, y hasta en los detalles más íntimos de nuestra vida privada: la vida en la red se ha vuelto la del control social, la uniformización y reafirmación en lo propio, lo de siempre y sin sorpresas, lo característico del pueblo pequeño del valle aislado: aquello de lo que la ciudad nos posibilita huir. Instituciones públicas y privadas han ido adueñándose y reduciendo los espacios tradicionalmente considerados públicos, con pretensiones panópticas con la coartada de la seguridad: la red imita a la realidad que replica la red.

Necesitamos desarrollar el carácter abierto, dinámico, cambiante y cosmopolita del espacio público —tanto en el mundo real como en la red— facilitando el juego, la danza y la política, porque son éstos los que generan ciudadanos.

Castelló, junio de 2017.